

VIAJE A KAPILAVASTU

...Ya las flores habían saludado la aurora y el Sol se encumbraba hacia el cenit. La caravana más gigantesca de la historia de ese tiempo se dirigía a la ciudad que vio crecer al príncipe Sidarta, ahora el Buda Majestuoso.

El rey Bimbisara y sus carrozas reales, su hijo, el maestro de los Jatilas, sabios, monjes, caballos, bueyes que arrastraban carretas con provisiones, nobles y ascetas, ricos y pobres, músicos y danzarines, todos entonaban cantos alegres los cuales alternaban con comentarios sobre las enseñanzas de Buda.

Mas todo no fue bueno. Devadata no había podido remendar el terrible roto de su alma. No existía ningún lugar en el Universo que no se le quedara sin odiar y lo único que temía era que le llegara la muerte sin haber matado a Sidarta.

Devadata se sintió humillado como nunca y juró vengarse; lo había hecho muchas veces pero en esta ocasión no fallaría. Nada podía sosegar su corazón turbulento.

Se adelantó entonces a la caravana y contrató unos ladrones y asesinos para que soltaran un elefante enfurecido al paso de Buda.

Así lo hicieron los bandidos y, cuando la caravana pasó por el sitio fatídico, todos vieron como un elefante asustado atravesó el camino a pocos metros del maestro y se internó en el bosque sin hacer daño a nadie.

Cuando Devadata intentaba huir para no ser descubierto, fue detenido por un poderoso brazo que lo alzó por el aire y lo sostuvo sin esfuerzo. Se trataba de un hombre alto, de fornidos brazos y manos de acero— ¿Quién eres? —Preguntó Devadata derretido de miedo.

— ¡Ya me conoces desde hace mucho tiempo! **Soy Chana, el antiguo cochero de Sidarta.** Ahora sigo al maestro y, sin que él lo advierta, lo protejo en todas partes. Este puño se cerrará alrededor de tu cuello si te vuelvo a ver cerca de él...

—Y te confieso, pequeña mosca traicionera, que si el rey Bimbisara hubiese dado la orden de encadenar a mi príncipe Sidarta, estas manos lo hubiesen triturado en el acto, antes que los generales que lo acompañaban me hubiesen atravesado con sus espadas.

Devadata huyó acobardado como le huye una lánguida hiena a un enorme león enfurecido; sus piernas pensaron por él cuando echó a correr.



Cuando Chana dio la vuelta para volver a mezclarse de incógnito en la multitud, se encontró de frente con los ojos luminosos de Buda quien lo había seguido hasta el recodo del camino. La ruidosa caravana se detuvo y hubo expectación.

Los discípulos que estaban cerca escucharon lo que el maestro dijo a su antiguo cochero:

— ¡Mira!, Chana, mi alma se ha regocijado desde que descubrí que me seguías, mucho antes de entrar en Radjagría. No obstante te digo:

—Si ladrones te asaltaran y después te despedazaran miembro a miembro y tú albergaras el menor sentimiento de venganza contra ellos, no merecerías entrar en mi doctrina.

—Nunca la violencia se acabará con más violencia. Las contiendas se acabarán con el perdón. Vivamos con felicidad en medio de los codiciosos.

—Vivamos felices sin llamar a nada “nuestro”, cual seres resplandecientes que se nutren de alegría. Sólo quienes han renunciado a la victoria y a la derrota encuentran la felicidad.

—Por tanto, Chana, no te apasionas, no maldigas y no aprietes los puños por más que la perversidad humana te hiera el corazón. Aprende de La Tierra que, en respuesta a nuestras pisadas, nos brinda sus flores.

— ¡Oh!, Mi noble cochero, ya no necesitaré que me defiendas más... Continúa defendiendo la verdad; desde ahora perseguirás los más nobles fines valiéndote de los mejores medios.

Chana se paralizó y únicamente fue reanimado por los ruidos y la gritería de la caravana que continuó su rumbo hacia la populosa ciudad de Kapilavastú.

Devadata aquí representa a la persona que insiste en el error y nunca quiere cambiar. Quien se apega a sus creencias egoístas y fanáticas, y no cede ante el clamor de la sabiduría, sigue su camino sufriendo aquí y allá sin encontrar salida. Porque, cuanto más pequeño sea el corazón de un hombre, mas odio puede albergar.

Ya que la envidia es una fiera que se devora así misma, de hecho las células de Devadata se envenenaron con los flujos de su ira y entró en el limbo de las pesadillas espectrales.

Una especie de languidez nerviosa lo invadió y en sus piernas se notaban movimientos espasmódicos. Finalmente se postró durante largo tiempo, se sumergió en un silencio sepulcral y murió con el odio abrazado a su pecho.

Algunas versiones cuentan que Devadata se arrepintió en su postrera hora; pero los arrepentimientos al final de la vida presentan serias dudas.

Si a las personas, que se arrepienten cuando ya no les queda nada por hacer, en ese momento se les concediera más años, juventud y fuerza, con seguridad volverían a sus habituales andanzas.

Nuestros cambios hacia el perfeccionamiento del alma debemos comenzar a hacerlos desde ahora mismo, ya que el cuerpo añejo guardará sus juveniles hábitos.

Al hombre le sobrevendrán las consecuencias por todo lo que hizo en vida; no por las promesas temblorosas que el miedo le obligó a hacer a la hora de rendirle cuentas a la las Inapelables Leyes del Karma.

LA CIUDAD IMPERIAL

Cuando el rey Sudodana se enteró de que su peor y poderoso enemigo venía a visitarlo sin armas, sin soldados y en son de paz, se regocijó; su corazón descansó y ordenó vestir su ciudad con flores blancas. 480 elefantes, en perfecta formación, abrirían calle de honor a la nutrida caravana.



La princesa Yasodara que hasta ese día había vestido de negro porque una tristeza inmensa le había separado de los goces de la vida, pero el fuego puro de sus ojos ambarinos seguía ardiendo. Ahora, por vez primera se dejó ver desde que su amado partió y se vistió de blanco.

Se asomó al balcón de una alta torre. Su alma diáfana y blanca como el alba crepuscular quería evaporarse al escuchar el rítmico sonar de lejanos tambores; por su mirada de luz se le quería salir su corazón amoroso.

Y cuál sería su sentir cuando divisó la nube de polvo que levantaba la ruidosa caravana de seres pacíficos que se tomarían su ciudad en un acto de amor y paz.

Allí venía su príncipe Sidarta al cual la multitud aclamaba como Buda.

Rahúla, quien apenas contaba ocho años de vida, le preguntó a la princesa: ¿Acaso mi padre es también un rey?

—Sí, hijo mío, pero es un rey de otro mundo que no tendrá fin.

—Entonces —dijo Rahúla— yo lo seguiré siempre.

— ¡Yo también. —Terminó diciendo la madre real.

Ya en las puertas de la ciudad se escuchó un estrépito ensordecedor de cientos de caballos, carrozas suntuosas y bueyes que cargaban copiosos regalos; además de los cantos y gritos de victoria de dos imperios gigantescos que colisionaban en son de paz.

El rey Bimbisara se adelantó a la caravana en su oneroso carruaje halado por briosos caballos blancos y llegó hasta la entrada del palacio enemigo. Sudodana lo recibió. Ambos nerviosamente se abrazaron. Bimbisara dijo:

—No necesitamos pisotear y hacer matar a los demás para sentirnos superiores.

—Y ambos poderosos no fueron capaces de pronunciar más palabras.

La cúpula azul del cielo brilló como nunca. De inmediato rugieron poderosos cornos y resonaron graves tambores que anunciaban la entrada triunfante del príncipe Sidarta cuyo nombre quiere decir "El que siempre cumple lo que promete".

Había conquistado con la no-violencia al más peligroso guerrero, antes encarnado enemigo del reino, hoy el mejor aliado de su padre. Mil ecos resonantes difundieron la noticia por vastas regiones.

CONGREGACIÓN DE MONJAS

Después de la fraternal unión de los máximos reyes, muchos actos políticos y humanos se sucedieron en el dual imperio.

Y ocurrió que muchas mujeres querían entrar en la orden religiosa, ya formada, para vivir en pleno la verdad que el Buda descubrió.

Ananda, un fiel discípulo que siempre servía al maestro y cumplía la misión de organizar las cuestiones concernientes a la congregación, pidió permiso a Buda para que las mujeres fueran admitidas en la orden.

El maestro, por un momento, consideró peligroso mezclar las mujeres con los monjes. Sabía el poder que el encanto femenino influenciaba en los hombres y explicó:

—La mujer ha heredado la belleza de las ninfas celestes y el corazón del hombre se siente desvalido ante tan elevado poder.



—La mujer desde pequeña lleva en su instinto el arte de la coquetería y siente un deseo irresistible de exhibir sus encantos a quien ama y a quien no ama. Porque ella siente en su íntimo la necesidad de que la admiren aun aquellos en quienes no tienen ningún interés.

—Basta una mirada y el más fuerte guerrero queda hechizado y doblegado ante la silueta femenina. En consecuencia es peligroso el ingreso de la mujer en la orden de monjes; porque cuando el ojo del hombre admira, su corazón desea. A la mujer le es difícil vencer su vanidad y al hombre su orgullo.

Ananda insistió varias veces con diferentes argumentos y no obtuvo el permiso solicitado. Al final preparó una estrategia contundente. Le aseguró al Maestro que tenía tres poderosas razones por las cuales las mujeres debían entrar en la orden. Buda aceptó conocerlas y considerarlas.

—Aquí tienes la primera razón le dijo Ananda. Acto seguido **le presentó a Pratiapati: Ésta es la mujer que te amamantó cuando fuiste un infante huérfano.**— ¡OH! Mi amorosa madre adoptiva — Exclamó Buda con viva voz y agregó:

—Las madres son seres superiores porque entregan su corazón a sus hijos sabiendo que ellos entregarán el propio a otra mujer.



Todo hombre lleva una mujer en su mente; en cambio, toda mujer lleva un niño en su corazón; por ello, ser Madre es la primera fase de un ser angelical.

—Aquí tienes la segunda razón—. **Apareció entonces, tan radiante como un rayo de Sol, la fiel Yasodara;** quería ser aceptada como la más sumisa de las devotas.

Y por extraña razón buda la vio como años antes la había conocido.

—¡OH! Yasodara mi esposa divina y madre de mi hijo. Has sido una flor que no vivió la primavera de su existencia.



—Ananda no lo dejó descansar y le anunció: Aquí tienes la tercera razón:

—**¡Sujata!** —Exclamó sorprendido Buda—, me salvó la vida y, si no fuese por ella, la verdad no se hubiese conocido.

— ¡Basta Ananda! No demores más organizar una orden de monjas. Nunca he dudado que el Nirvana lo pueden alcanzar las mujeres en esta misma vida, le aseguró Buda y agregó:

—Las mujeres fueron dotadas del buen sentido de la organización; la constancia reina en ellas y, además, tienen el poder de presentir lo desconocido y descubrir lo oculto.

—El corazón femenino ve primero que el ojo del hombre.

—No hay medida en el mar ni distancia en el cielo con las cuales se logre calcular la inmensidad del corazón femenino.

La humanidad tiene dos alas, una femenina y otra masculina; ambas deben aletear juntas para poder volar, terminó el comentario el sabio maestro.

Una multitud de mujeres de todas las edades y clases se reunieron para escuchar el primer sermón de Buda, pronunciado especialmente para ellas.

EL SERMON DEL AMOR

—Les hablaré primero de aquel amor que lleva por flechas flores, el amor que brota de la palabra lisonjera y engañosa inducida por la pasión; de aquel amor que se convierte en dolor y por el cual todos quedan atrapados en sus redes.

—Las miradas son las semillas del amor. La belleza induce al deseo y éste a la pasión. De inmediato el hombre siente la necesidad del contacto y termina con la posesión.

—El hombre hará todo lo que sea necesario para obtener la joya que necesita frenéticamente poseer.

—Juramentos, regalos, caricias y la palabra amor saldrá en abundancia de su boca como una suave melodía que embelesa y cautiva el corazón femenino, el cual termina por entregarse sin reservas.

—Debe entender que aquel que puede decir con palabras todo lo que ama, poco amor siente.

—Pero ¡miren! Si por algún motivo la mujer descubre la ilusión y se aleja, vienen los celos; a éstos los acompaña la ira y el hombre se ve humillado al ver a la que tanto placer le brindó, cómo se aleja en busca de nueva aventura.

—De este modo muchos hombres han terminado con la vida de la que tanto amaron.

—Porque, cuanto más violento es ese amor más violento es el enfado. Mas, les digo que, el amor que nunca fue capaz de perdonar, nunca fue verdadero amor. Lo único que calma el huracán de amor es verse correspondido. No obstante la mujer que lleva una vida plena, la pérdida de un amor nunca la destrozará.

—El peor de los amores es el amor propio contaminado con el egoísmo; es el causante de que el hombre degüelle a su hermano; es como un gusano que se ceba en el corazón de la flor y acaba por destruirla.

—Deben tener en cuenta que aquel amor que por cualquier causa deja de serlo, nunca fue amor; y quien sabe del amor verdadero jamás hará sufrir. Amor que hace sufrir es un odio disfrazado.

—En otro aspecto, el que comprende es porque sabe escuchar; y el que sabe escuchar se hace querer. El que sabe amar comprende; aunque amor no significa aceptarlo todo.

EL VERDADERO AMOR

—El amor real no descansa en manera alguna en atracciones físicas. Estos amores se van pronto y los dolores quedan: Mirad cómo la miel es dulce, pero la abeja pica; la flor es bella pero su espina tuna.

—El verdadero amor es eterno. Nunca comienza y nunca morirá. Se lleva dentro de sí, no exige nada a cambio; ni efímera belleza ni carnal posesión. Un minuto de gozo en el corazón vale más que horas de placer en los sentidos.

—La magia deslumbrante y ensoñadora del amor pasional, que a todos promete castillos e ilusiones divinas, está fundamentada en una dura pero real ley que dice: "No durarás".

—Es fácil amar a los hijos porque por sus venas corre la misma sangre de nuestro corazón. Es fácil amar a la madre porque nos amamantó tiernamente, y es fácil amar a la esposa porque nos brinda sus dulzuras.

—Así, el más bello paisaje que puede existir es el rostro del ser amado. Pero el que se enamora muchas veces no sabe por qué quiere, ni qué es lo que quiere.

—Mas, cuando se logre amar a todas las criaturas que bajo el firmamento existen, por insignificantes que parezcan sus vidas; cuando sientan compasión por el sufrimiento del noble animal que muere asesinado brutalmente para servir de errado alimento humano —



Y quienes puedan amar a todos los semejantes sin necesidad de requerir nada de ellos, entonces habréis encontrado el verdadero amor sentiréis que vuestras almas se iluminan con el resplandor de todo el Universo.

—Aquellos que aprecian las vivificantes frutas que se desprenden de los árboles, obtienen la salud duradera que les brinda La Madre Naturaleza con amor, no necesitan matar para comer y sienten la dicha sublime de vivir el verdadero amor.

—Nuestros seres queridos prometen amarnos para siempre. Cuando se sumergen en el sueño de la muerte, ¿de qué valen sus promesas?

—La felicidad que sienten los amantes cuando están juntos es tan fuerte como el vacío que experimentan cuando el destino los separa. Por eso he dicho que amar es sufrir.

—Felices quienes no se ilusionan pues nunca sufren desengaños. Cada cual fabrica su propia vida con ladrillos de causa y efecto y es ahora mismo cuando se debe pensar cómo y dónde va a fabricar la próxima morada. Para el efecto, es bueno saber que siempre le irá bien en éste y en otro mundo a quienes llevan el amor verdadero por guía.

—Sublime maestro—dijo una anciana—háblanos más del verdadero amor.

—El verdadero amor —contestó Buda— no se mide por lo que exige sino por lo que ofrece. Sé que el amor llena por completo el corazón femenino. Las mujeres son hechas de amor. Deben saber que el odio es lo contrario al amor y el matar es el odio llevado a la práctica.

—Matar un animal para alimento es cometer un asesinato y quienes lo hacen o lo mandan matar no merecen pronunciar la palabra amor en ningún sentido. Por otra parte la salud y la belleza femenina son dones inapreciables que se derrochan ingiriendo cadáveres.

—Quien no es capaz de amar con fervor un brote de hierba que la Madre Tierra engendra con amor, tampoco comprenderá qué es el verdadero amor.

—Pero se dará cuenta que el infierno es el tormento causado por la incapacidad de amar verdaderamente.

—Aquellos que quieren saber como se siente el verdadero amor en el corazón, deben cuidarse de contaminar su cuerpo con cadáveres.

—Vuestro verdadero alimento crece de la Tierra y lo madura el Sol. ¡Haz con los animales lo mismo que quieras recibir de los ángeles del cielo!

—El verdadero amor no se puede expresar con palabras. Los verdaderos amantes proclaman un amor calladamente con sus nobles acciones.

Una aldeana se quejó: —Noble príncipe, siempre hemos sido rebajadas por nuestra debilidad. ¿Qué podemos hacer?

—Buda respondió: —La mujer no es débil sino sutil y con su fuerza de amor supera al hombre, porque su amor emana de su inmenso corazón.

—Llegará el día en que vale más el amor de la mujer que el orgullo del hombre; y el verdadero hombre será el que comprenda a la mujer y la proteja con cariño.

Una afligida aldeana se confesó: —Sublime maestro, he caído, he tenido un pecado de amor.



Buda le contestó: —Pecado de amor no existe. ¿Cómo puede pecar una mujer que ama? Los que critican no comprenden que aun los más cuerdos aman con locura.

—La mujer no sólo debe ser admirada sino comprendida. La joven, que tenga un hijo por amor, debe ser acogida con amor por su familia. Porque mientras el hombre tiene como amor el mundo, la mujer ya tiene un mundo... el amor.

Una damita pregunto: —Sublime maestro ¿qué obras debo hacer para ir al cielo?

—Buda le respondió: —Nunca condiciones tus buenas acciones a la estadía en un cielo, no sea que llegues a un lugar espléndido del cual, agotadas tus buenas acciones, tengas que regresar.

—La mayoría de las plegarias no van al cielo porque están recargadas de intereses mundanos. El cielo es la mente en paz y, si eres buena por amor al bien mismo y aprendes a meditar, sabrás qué es el cielo aquí, en tu misma vida. limpia tu mente y verás el cielo en ti misma.

De nuevo pregunto la devota: — ¿Cuál es entonces la mejor plegaría?

—La única plegaria que os enseñó es hacer el bien. Más hace por la humanidad quien realiza un bien, aunque sea por una vez, que quienes rezan por ella toda la vida.

—Quien enciende una luz es el primero que se ilumina; así, quien a otro ayuda, es a sí mismo a quien se ayuda. Quien hace el bien a sus semejantes no necesita pedirle nada a los dioses.

—El verdadero amor no sólo se limita a ser un sentimiento entre los seres humanos sino que forma parte de la estructura física del Universo.

—El amor es una luz que brilla más allá de todo lo terreno y tiene un poder inefable que todo lo penetra.

Una madre angustiada y destruida confesó: —mi niño ha muerto—. Buda le respondió:



—Sabemos que nadie puede llenar el vacío de una madre que deja de ver a su hijo, pero el amor tiene un poder que rechaza la muerte; por ello, te aseguro:

—Tu hijo vive; persevera y entenderás que los niños que mueren son flores que se transplantan, no desaparecen del todo.

—Ellos están donde el amor verdadero logra encontrarlos. —Finalizó el Venerable.

PARTE FINAL

Como el mar infatigable que no se cansa de agitar sus espumosas olas, así Buda continuó por espacio de 40 años predicando su doctrina por aldeas y ciudades. Por todo el orbe conocido se esparció su fama.

Reyes y emperadores esculpieron en duras rocas las palabras sabias del Iluminado y millones de discípulos las repitieron en verso, siempre igual, generación tras generación, hasta que llegaron vivas a nuestros días.

Maestros, historiadores, traductores y escritores trabajaron y expusieron sus puntos de vista. Pero, por más que cada cual interprete, enriquezca, hable bien, regular o mal, la esencia de la doctrina del Buda soberano permanece.

Porque El no enseñó sus propias opiniones sino que descubrió leyes inmutables que siempre permanecen y nunca cambian.

Las mismas que enunciaron los Budas anteriores; las mismas que descubrirían avatares posteriores aquí en la Tierra.

Porque aquí, y en cualquier planeta del Universo en el cual que haya vida manifiesta, tiene que existir el dolor y allí funcionarán también las cuatro grandes verdades y el noble Óctuple sendero.

Aquí termina la historia del más grande entre los nacidos. De aquel cuya inteligencia infinita, soberana, igualó a la ternura de su corazón.

Aquel que aseguró que todos podían llegar al Nirvana en esta misma vida si seguían la ley magnificente y pura.

MÍRATE A TI MISMO

No fueron los dioses quienes hicieron este mundo, ni tampoco eres fruto de ciega casualidad de elementos sueltos de la Naturaleza, que en una sopa te llegaron a formar.

Fuiste tú quien movió por vez primera la rueda de tu vida que se va... para después volver. Eres tú quien le diste la energía y eres tú, tan sólo tú, quien la logrará detener.

Llegará el día que el Sol se pulverice y las estrellas dejen el Universo oscuro, pero seguirás siendo tu antepasado ya olvidado, y, también, volverás a ser el niño del futuro.

Las altas velas del inestable barco de tu vida las agita el viento impetuoso de tu propia voluntad; mas la enseñanza de Buda te dirá cómo salirte, de esta cruda y dolorosa realidad.

La cadena sin fin de causa y efecto, que por tanto tiempo has tenido que cargar, forma tu alma que es un simple remolino, de lo que has conquistado y lo que tienes que pagar.

Por fin vencerás al rey de la muerte; ya por ti no volverán a vestir oscuro luto, pues al haber agotado todos tus deseos, ya no volverán a dar amargo fruto.

COMENTARIO

De mil maneras a través de la historia se ha tratado de opacar al Buda haciéndolo parecer contrario a lo que realmente fue. Pero la verdad siempre se pone a salvo.

La más desatinada y falsa anécdota, muy difundida aun entre historiadores alejados de la sabiduría, es aquella que asegura que Buda murió al ingerir carne de cerdo.

Esto no lo considero como un insulto sino una escasez de imaginación y falta de inteligencia en los inventores de la anécdota y en los escritores vulgares que la repiten.

Así como la luz no se puede manchar aunque la refleje algún pantano. así mismo no han logrado desmeritar, en lo más mínimo, con esa desatinada anécdota, la excelsa sabiduría del Buda.

Lo que más se sabe de Buda es que fue el hombre de la infinita compasión. Le conmovía profundamente la muerte de la más humilde criatura, y no matar fue su consigna. Logró que en los palacios no se comiera carne y condenó el sacrificio de animales.

Como sabemos que Buda cumplía lo que predicaba, fue desde niño estricto vegetariano; al haber purificado su olfato y su gusto, detectaba cualquier indicio de cadáver presente en la comida y lo rechazaba instantánea y naturalmente como lo hace todo vegetariano.

De todas formas, digan lo que digan, esté escrito o no, si Buda logró ser engañado con alimentos contaminados con cadáver, (cosa casi imposible) murió de la indigestión que le produjo, pues su depurado estómago no era capaz de digerir dolor ni muerte.

SE ECLIPSA UN SOL

Buda dio a la humanidad su corazón hasta el último latido Con una sonrisa en los labios Buda murió a los 80 años. Sus últimas palabras fueron:

—“Asíos a la verdad que existe en vosotros como si fuese la única luz; sed vuestras propias lámparas, estad atentos, esforzaos y perseverad hasta el final.

—Recordad que todo el sufrimiento proviene del deseo y no es posible liberarse de él si no se arranca completamente desde su raíz. Todas las cosas son perecederas, esforzaos vosotros mismos”.estad atentos , perseverad hasta el final.

El suave murmullo de su voz se fue apagando y sus labios hicieron silencio para siempre; pero sus palabras continuaron resonando en todos los corazones que aman la verdad eterna.

Mientras los últimos destellos de sus ojos se fueron extinguiendo lentamente, su mente soberana se fundía en “Aquello” que produce el Universo entero.

Atendiendo esta sabiduría, qué bueno sería que nuestras últimas palabras fueran: ¡Vida, tú y yo estamos para siempre en paz! Porque para muchos fallecer es cumplir.

Cuando hemos hecho el máximo esfuerzo podemos esperar el resultado tranquilamente; sabemos que la juguetona muerte puede tomarnos por sorpresa.

Para ello tenemos que empezar ya, no dejarlo para después. Un buen morir dura toda la vida pero no estamos seguros si viviremos una hora más.

En consecuencia, el único pensamiento que debiera anidar en nuestras mentes es cómo poner fin a esta larga cadena de sufrimientos.

La muerte no es un final sino un comienzo. Quienes se fijan bien en el atardecer de sus vidas, serán conscientes de que se encuentran ante un nuevo amanecer; por tanto, nadie debe atormentarse por su pasado sino prepararse para su porvenir.

El secreto del Buda no está en su doctrina sino lo que con ella logramos descubrir dentro de nosotros. No es este libro ni ningún otro el que nos revelará el secreto escondido entre las letras.

Por que una verdad puede convertirse en mentira para el que no la entiende o para los que no la acojan con amor. Estos serán tragados por la vorágine de la ignorancia.

Así como las fuerzas secretas de la vida subyacen en la saliente semilla, así la sapiencia que duerme en nuestro interior es la que nos podrá conducir verdaderamente al inconmensurable Nirvana.

Cuenta con un éxito seguro si no temes los esfuerzos, y lograrás un resultado feliz si pones tu corazón en todo lo que haces. En consecuencia, antes de abandonar lo que emprendiste, haz un último esfuerzo

FINAL

Queda claro que no son los dioses quienes conceden goces, ni son ellos los culpables de que aquí alguien sufriera. Cada cual programa su frío o su calor y prepara su invierno o primavera.

No hay pena inmerecida ni paz por simple gracia. Cada cual fabrica su alegría o es el artífice de su mísera desgracia. En cambio, si hacemos nuestro deber, nuestra impotencia se transformará en poder.

Conociendo nuestros actos sabemos nuestro futuro. Somos autores, actores y espectadores de nuestra propia comedia de la vida y debemos recordar que no comenzamos en el vientre de nuestra madre, ni la tumba será el fin de nuestra vida.

El único fin que en estos momentos deberá vibrar en nuestras mentes es cómo poner fin al estado de zozobra que vive nuestro mundo.

De todas formas el camino está abierto para todos aquellos que desean sinceramente el fin del sufrimiento. Porque Buda desgranó uno a uno todos los misterios de la existencia y los sembró en las mentes sinceras que aman la verdad eterna.

Abre tu corazón al Universo y deja de cargar tu propia cruz; podemos fabricar infiernos de tristeza o cielos inefables de infinita luz. Esta vida es un instante comparada con la que viene.

Gautama se fue y no tiene sentido rezarle o pedirle nada; ya no volverá. Se refugió “Allí” donde habita el silencio, fuente de toda sabiduría.

Recordemos sus últimas enseñanzas: —Sed como una lámpara para vosotros mismos:

Sed vuestro propio sostén; asíos a la verdad como si fuese la única luz. y no busquéis en otra parte porque todo está en ti.

De hecho, si sabes mirar en tu interior encontraras allí un Buda, tan igual al que se fue... ¡Tú eres Buda!, y también podrás decir como él:

—“Muchas moradas de vida he habitado, buscando siempre al que me construyó esta casa con sentidos por ventanas y amoblada con dolor”.

— ¡Tú, constructor, te he reconocido! Ya no me volverás a hacer una mansión nueva. Destruídas están las vigas del deseo y el techo de ambición. No volveré a entrar en otro cuerpo. Mi liberación es inmovible”.

En el mar reluciente la aurora se aproxima; aparece un lucero refulgente y el cielo se nutre con brillos infinitos. La gota de rocío se convierte en diamante. Los hijos de la luz despiertan en la aurora de la verdad y los engendros del mal se desploman hacia el vórtice de las tinieblas.

La luz divina no proviene de lo alto; vive dentro de ti; déjala brillar, haz que destelle en tu mente con el resplandor de mil soles. Sólo así podrás entender, claramente. “Qué fue lo que el Buda descubrió”.

Mágnun Astron

www.magnumastron.org

